



Rodrigo Quesada Monge **Rosa Luxemburgo: utopía y vida cotidiana**. (AUNA y NADAR, Heredia, Costa Rica. 2018, 471 págs.)

El libro **Rosa Luxemburgo: utopía y vida cotidiana** de Rodrigo Quesada Monge. (AUNA y NADAR, Heredia, 2018, 471 págs.) no es solo una lectura, o una lectura más; esta obra nos compromete con la amplísima producción intelectual de esa notable mujer, de analizar críticamente su entorno y también, como corresponde, el entorno del autor y el nuestra, inspirándonos en aquellos señalamientos profundos, serios y comprometidos de Rosa la Roja en las dos primeras décadas del Siglo XX. Hace apenas 100 años.

El libro está dividido en tres partes: la primera, de los capítulos del I al IV se dedica a la formación de un carácter; describe el escenario de la primera guerra mundial, la vida de Rosa la Roja, su universo epistolar, la revolución alemana y el asesinato de esta intelectual y dirigente del movimiento socialista europeo.

La segunda: el imperialismo, revolución y guerra, va del capítulo V al X y en ellos profundiza en tópicos medulares del pensamiento de la Luxemburgo: el imperialismo, el socialismo, su idea de la revolución y su análisis de la primera experiencia exitosa: la revolución rusa, junto al reformismo, las revisiones al marxismo y la cuestión nacional.

La tercera: el legado, el luxemburguismo y la democracia consejista y la vigencia de su pensamiento.

Cuenta con una cronología. unas conclusiones generales sumamente valiosas y una extensa lista bibliográfica que exhibe al autor como un erudito profundo, sumamente informado y seriamente comprometido como historiador y como intelectual. Hay, al final, un índice onomástico.

Cada uno de sus capítulos tiene un epígrafe con un párrafo o texto cuidadosamente escogido por el autor, de la inmensa obra literaria de la Rosa, alusivo al contenido que el historiador desarrolla en esa parte. No puedo





detenerme en cada uno de esos 12 valiosos capítulos y sus subdivisiones. Esa es tarea del lector que deberá hacerlo: pues Rodrigo Quesada y, a través suyo, Rosa Luxemburgo son una motivación intelectual y una provocación para realizarlo.

Rodrigo Quesada Monge es un historiador costarricense con una amplia biobibliografía. Gran parte fue iniciada cuando aún estaba la planilla de académico universitario en la Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Costa Rica y amparada en invitaciones y estadías en Europa y Estados Unidos. En la década que lleva como profesor jubilado su producción intelectual y artística ha sido muy amplia. Hay, no solo ensayo científico social, también ha abordado otros campos de la cultura: la novela, el cuento. No obstante, en la investigación histórica sobresale su interés por el juicio crítico certero al expansionismo de las grandes potencias en América Latina, el imperialismo y la guerra; pero, además, por el rescate del pensamiento social y revolucionario: aquellos pensadores que estuvieron guardados en los jubeteros: el anarquismo en general y en particular, Kropotkin, Eliseo Reclus; ahora Rosa Luxemburgo.

Los grandes temas expuestos en este libro a mi gusto son: el imperialismo, el socialismo, la lucha social de la calle y el carácter oportunista de la social democracia. Ninguno es indiferente al otro: hay, en el texto de Rodrigo y en la obra de la Luxemburgo una inmensa variedad de tópicos imbricados con maestría y calidad científica y política, beligerancia, tozudez y vehemencia.

Es más que una buena lectura pues gratifica, motiva y sugiere; y también convoca y provoca: para hoy, para América Latina y el mundo sobre lo escrito y hecho por esa solemne mujer, asesinada brutal y cobardemente, el 15 de enero de 1919, a la que el historiador, en su texto nos acerca: un acercamiento comprometido, pues nos obliga, al ejercicio de la meta-lectura, a esa tarea ineludible de estudiar el momento y preguntarle al texto por nuestro contexto: el del capitalismo en su expresión imperial, el sentido de la nación, las de Nuestra América y la construcción del socialismo: tampoco cualquiera o único socialismo de modelos gastados y colgados en estantes, sino vivo, que se construye a cada paso, porque





la imaginación, espontaneidad y dinámica de las masas, así lo construyen en cada uno de sus contextos nacionales y que, sobre todo, también exige la crítica seria, profunda, mordaz y aleccionadora sobre aliados, adversarios: compañeros de toda la lucha o allegados de oportunidad, como los reformistas; corresponde, por tal motivo observar con seriedad el carácter del reformismo y la social democracia: esa socialdemocracia que pretendió ser compañera de trinchera y que no lo fue, pero no hubo país de Nuestra América donde no lo pretendió, y en alguno lo logró, de moldear una conciencia nacional, alienada, subordinada, “adaptada” y sin utopía, muy al unísono de aquella ...“teoría de la adaptación de Bernstein, que en la expresión de Rosa, no es más que una generalización teórica de la forma de ver las cosas del capitalismo particular” (p.299).

Esa social democracia fue caballo de Troya dentro del movimiento obrero y popular, y fue enarbolada, por los partidos latinoamericanos de la burguesía modernizadora: el APRA del Perú, Acción Democrática de Venezuela, el PRI de México, los Radicales de Argentina y Chile, lo mismo que algunos socialistas. Hoy todos más interesados en aplicar las recetas neoliberales de moda y los dictados del imperio que lo que fueran en el siglo pasado con su pasión parlamentarista y de fortalecimiento del Estado. Su moda actual ha convertido a presidentes de formalidad constitucional, en simples gobernadores de Provincia que aplican las recetas económicas del Consenso de Washington y tiemblan al grito insolente del inquilino de la Casa Blanca. Para Rosa fue, esa social democracia, la expresión oportunista que daría paso a las expresiones más feroces de la derecha, entre las que militaba Friedrich Eber, el responsable directo del asesinato de la Luxemburgo y sus compañeros de lucha y la plataforma cómoda y útil del ascenso del nazismo en Alemania; esto lo describe y analiza con claridad meridiana Rodrigo Quesada. Nos entusiasma el historiador a que realicemos una reflexión señera sobre el momento del desarrollo del capitalismo en nuestra América, pero también a nivel mundial: “El imperialismo, dice Rosa, es la expresión política del proceso de acumulación del capital en su lucha para conquistar los medios no capitalistas que



no se hallen todavía agotados. Geográficamente, estos medios abarcan los más amplios territorios de la tierra.” (p. 201), pues el planeta no se le ha agotado a su voracidad imperial. A diferencia de hace 100 años, el imperio cuenta ahora con medios de comunicación global que ponen, en tiempo real, en una pantalla de televisión, computadora o celular, los acontecimientos más destacados sobre su quehacer mundial; pero también los intelectuales comprometidos con la lucha social tenemos a mano esos instrumentos de la globalización para leer, entre líneas de la noticia, el movimiento del imperio, su voracidad en las guerras que promueve, con los llamados de solidaridad, movilizaciones sociales y las luchas heroicas por la paz, que es la lucha más importante contra el imperio. Es un ejercicio intelectual de lectura y reflexión, armado hasta los dientes de un excelente aparato crítico metodológico y conceptual sobre la dominación ideológica y la comunicación de masas. La verdad de los *mass media* se encuentra en la lectura entre líneas, echando mano del arsenal crítico más avanzado de las ciencias sociales, de la dialéctica y el materialismo y del dimensionamiento de las acciones en la calle: no es solo estar en la calle físicamente, sino observar, debatir, reflexionar y aportarles pensamiento a las grandes mayorías: lo que hacía Rosa la Roja y por lo que era repudiada por los poderosos, los oportunistas y por el imperio; y por muchos de sus compañeros de trincheras que no le perdonaban su clara inteligencia, vehemencia, combatividad y su condición de mujer.

La identidad “Imperialismo y barbarie” (p. 181) describe el ataque al pensamiento crítico, a la labor del filósofo y el científico social, ha sido una moda perversa que se ha impulsado en esta etapa de auge del neoliberalismo, desde que nos anunciaron que estábamos en el “fin de la historia”, expresión de etiqueta de una de las obras más reaccionarias de la última década del Siglo pasado. Ese fin de la historia, el fin de las ideologías, no era otra cosa que el fin del pensamiento crítico y, por ende, el final de las utopías; este mensaje llevaba la descripción de un ser humano sin sueños, ni ilusiones, atosigado de mercancías que vencen apenas



salen del centro comercial o, incluso, mucho antes de su ingreso a la estantería. Un ser humano conforme, resignado y con una felicidad prefabricada. Esa idea de que había llegado a su fin el pensamiento crítico tuvo repercusiones en la vida universitaria: algunas carreras fueron sacadas de la oferta académica como filosofía y sociología, pues enseñaban a pensar críticamente, otras transformaron su *curricula* para formar técnicos manejadores de instrumentos y destrezas útiles para la gran empresa, sobre todo la transnacional. Saber inglés, por ejemplo, dejó de ser útil para leer a Shakespeare, Milliband o Thoreau, o para comprender las letras de la música de los Beatles o la de los creadores afrocaribeños, sino para trabajar en las nuevas maquilas de los *call center*. La economía, en particular, perdió su valiosa herramienta de la economía política para pasar a ser una destreza en finanzas, banca y administración bien promocionadas en las Universidades privadas de todo el continente y condescendientes con las orientaciones de los Chicago boy's.

No quiero sonar anacrónico. De esto no habló Rosa Luxemburgo, pero sí señaló los requerimientos y necesidades de expansión del capitalismo y para ello, la instrumentalización de la guerra y el repudio a la paz: todavía, hace 100 años como lucha de imperios por territorios, materias primas, energéticos y mano de obra y en esto las formas han cambiado, pero no los contenidos, como lo vemos con la propaganda indecente contra el gobierno venezolano, solo para encubrir la voracidad imperial sobre sus riquezas petroleras y mineras.

Hoy, como hace 100 años y con formas más sofisticadas, somos testigos de la lucha de los pueblos por su liberación y la independencia nacional. Dirá Rosa, en un lenguaje que pueda parecernos dependentista, pero comprensible, “es siempre el escenario histórico del imperialismo moderno el que determinará el carácter de la guerra entre naciones independientes” (p. 27). Ella no alcanzó a ver el fin del estado westfaliano, señalado como fin del colonialismo mundial, el anterior colonialismo que dio paso al surgimiento de un sistema de Naciones Unidas, cuya membresía se acerca a los 200 estados formalmente independientes, algunos



como expresión institucional de una nación, otros de varias. Esta experiencia no es que haya opacado la tentación imperialista por la dominación sino, más bien, ha desplazado la guerra hacia confrontaciones de otro tipo: como guerra fría, una etiqueta útil para calificar los conflictos actuales y sus ideólogos y la guerra de los fundamentalismos religiosos, cualquiera, alimentada por la pasión imperialista, pues el capitalismo, nos dice Luxemburgo, requiere la guerra y nunca ha soportado la paz. “El imperialismo, nos señala, no es la creación de una sola nación o de un grupo de Estados. Es el producto de una etapa particular de la madurez del desarrollo capitalista mundial, una condición internacional innata, una totalidad indivisible” (p. 161)

Es la razón de que la lucha por la independencia nacional y la autodeterminación de los pueblos debe contemplar los contenidos clasistas pues la guerra contra la agresión externa que debe involucrar a una amplísima alianza de clases y fracciones no podría obviar las reivindicaciones de las mayorías y, por tanto, la lucha de clases en el plano nacional. En esta tarea, de clarificar y transparentar la lucha es fundamental el papel del partido: no una estructura burocrática centralista que ahoga la democracia interna, sino como un espacio de participación, educación y debate político: la cuestión nacional tiene que ver con un programa revolucionario y con la organización de clase (cf. cita p. 335).

La calidad de la dirigencia intelectual queda ejemplarizada magistralmente por esa mujer excepcional, que aportó su pensamiento en sus libros, escritos, cartas y panfletos, con los que participaba en debates acalorados que no porque haya pasado un siglo no puedan ser los de ahora: contextos de guerra mundial, de construcciones socialistas y de utopías, a saber, de la crítica de la realidad y la proyección de un futuro mejor para todos. Rodrigo Quesada reivindica con claridad el concepto de utopía y lo estampa en el título de su obra.

Son muchos temas en los que Rosa Luxemburgo dio su aporte hace solo un siglo: para sacar a la humanidad de la barbarie, a saber, del capitalismo, el imperialismo y la guerra y, por tanto, para reivindicar un socialismo, sin etiqueta, emanado de la





lucha en la calle, respetando la iniciativa y espontaneidad de las masas y con la claridad contundente del sistema que deba derribarse y de la sociedad que quiere construirse, también, como única forma de lograr la paz.

Es, un llamado insistente, de Rosa y de Rodrigo, a que debemos seguir soñando y luchando: no permitamos que nos quiten la utopía, el instrumento espiritual que nos da vehemencia en la luchar contra la ideología dominante.

Jaime Delgado Rojas

